

PROPOSITOS.

1. Es cosa bien extraña que, tratando todos con tanto desprecio al orgullo y á los orgullosos, sin embargo haya tan pocos humildes. No puedes tolerar en los otros aquel aire arrogante y altanero, aquel tono imperioso y dominante, aquellos hombres que continuamente se están incensando á sí mismos; y no conoces los defectos que todo el mundo está notando en tí en esta misma materia. Aplicate á corregirlos, no ya con una displicencia interior, ó con una resolucion ineficaz como hasta aquí, sino con una enmienda real y efectiva. Nunca pongas los ojos en algun crucifijo, sin considerar las reprensiones que te está dando con su ejemplo. Pregúntate muchas veces á tí mismo si te pareces á aquella imágen, pues al fin es tu modelo; y acuérdate que en la hora de la muerte te la han de poner delante de los ojos para que consideres si eres semejante á ella.

2. Desde hoy mismo has de dar principio á corregir ese aire altivo y colérico, que te hace insufrible y odioso á todos los demás, y que á tí mismo te parece tal mal en los otros. Sea tu modo apacible, cortés, afable, grato; la dureza, la inflexibilidad y la aspereza siempre son hijas del orgullo. No seas delicado en puntillos de honor, y mucho menos en desear preferencias; si fueres virtuoso y respetable, cualquiera lugar que ocupes será el mas digno, porque tú mismo le autorizarás. Sé cortés con todo el mundo. Cuanto mas te eleve sobre los otros tu nacimiento, tu clase y tu ancianidad, mas te acreditarás digno de ser respetado; si á todos los honras y los llenas de atenciones. La grosería y la rusticidad son propias de gente ordinaria y de entendimientos vulgares. Honra mucho á los pobres, y háblales siempre

con respeto, acordándote de que en su persona honras al mismo Jesucristo. A tus criados trátalos con agrado y con dulzura; el modo áspero y desabrido es señal de corazon duro y soberbio. Si hoy te consideras superior á ellos, en la hora de la muerte se mudará la escena. ¡Cuántos criados se salvarán, y sus amos serán eternamente condenados!

DIA VEINTE Y CUATRO.

SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

El triunfo de santa Cristina, que refiere casi á la larga el martirologio romano, es tanto mas digno de admiracion, quanto los mas inhumanos tormentos que padeció esta gran santa á los diez años de su edad fueron por el ministerio de su mismo padre.

Nació en Tiro de Toscana, á las márgenes del lago de Bolsena, poblacion de que no quedó el menor vestigio, por haber sido enteramente sumergida y como hundida en el mismo lago. Fué hija del gobernador de aquella ciudad, llamado Urbano, hombre furiosamente entregado á las supersticiones del paganismo, y por tanto enemigo capital del nombre cristiano. Aquel Dios que se complace en presentar de cuando en cuando en su Iglesia algunos prodigios de su infinito poder, escogió á una tierna doncellita de solos diez años para que por ella triunfase la fe en medio de una familia, acaso la mas zelosa y la mas obstinada en los desvarios de la gentilidad.

Enfurecido el gobernador de Tiro contra los cristianos, los buscaba con exquisitas diligencias, y los atormentaba con bárbara crueldad. Eran pocas las horas en que no se veian á sus piés algunos de estos

generosos defensores de la fe, y pocos los dias que en su tribunal no se hiciese algun interrogatorio. La misma sala donde tenia el tribunal fué la escuela en que la niña Cristina aprendió las primeras lecciones de nuestra religion. Al principio se movió por sola curiosidad á informarse qué género de gentes eran aquellos reos que todos los dias comparecian ante el tribunal de su padre, y en quienes observaba por una parte tanta modestia, y por otra un ansioso deseo de morir con una invicta constancia en medio de los mayores suplicios. Dijéronle que aquellos eran cristianos, los cuales no adoraban mas que á un solo Dios, haciendo el mayor desprecio de los ídolos; y porque despues de la muerte esperaban otra vida mucho mas dichosa que esta, hacian tan poco caso de ella. Esta noticia superficial que le dieron del cristianismo aumentó en la niña la curiosidad. Asistia frecuentemente á los interrogatorios de los mártires; y como queria triunfar en ella la gracia, la ilustra de manera, que en breve tuvo una idea justa de nuestra religion, acompañada de un ardiente deseo del martirio.

Proporcionóle la divina Providencia la ocasion de hacerse instruir mas á fondo. Ayudáronla á esto mismo algunas señoras cristianas, facilitándole al mismo tiempo la dicha de recibir el santo bautismo. Todo esto se hizo con el mayor secreto; pero el zelo de Cristina le descubrió muy presto. Encontró un dia ciertos ídolos de plata y oro que guardaba su padre con mucha veneracion; hizolos pedazos, y los distribuyó entre los pobres cristianos que perecian de miseria. Encendió la cólera del gobernador una accion tan animosa; y olvidándose de que era padre, resolvió hacerle expiar con su misma sangre el que reputaba execrable sacrilegio.

Hacia tiempo que Urbano tenia algunas sospechas

de la mudanza de su hija; pero con este lance depuso todo género de duda. Llamóla á su presencia, y templando la cólera con alguna dulzura, le dijo: *No puedo creer, hija mia, que hayas cometido el delito de que te acusan: ¿será posible que tú hayas hecho pedazos nuestros dioses? Por cierto (respondió intrépidamente Cristina) que serán unos dioses muy graciosos los que una niña como yo pudo hacer pedazos. ¿Y será posible, padre y señor, que vos habléis seriamente cuando tratais de dioses unas figuras fabricadas á golpe de martillo, y de la misma materia que es el servicio de nuestra mesa?* No le permitió Urbano pasar mas adelante; antes ciego ya de cólera, y olvidando todos los sentimientos de la naturaleza, la interrumpió diciéndole: *Bien veo, loquilla, que esos hechiceros de cristianos te han trastornado el juicio; pero por Júpiter te juro, que yo te le restituiré, ó te quitaré la vida. Haced, señor, lo que quisiéreis, respondió Cristina sin espantarse; la vida me la podréis quitar, pero no me podréis quitar la fe de Jesucristo, mi divino Salvador, en quien espero me dará fuerzas para sufrir los mas crueles tormentos.* Fuera ya de sí el desapiadado padre, mandó llamar prontamente á los verdugos, y rezeloso de que la tratasen con blandura, hizo que en su presencia la despedazasen á azotes. Viéndola tan tranquila como si nada padeciese, ordenó que le rasgasen las llagas con garfios ó uñas de acero, sacándole á pedazos la carne del delicado cuerpo hasta que espirase.

Era espectáculo verdaderamente horroroso ver aquella inocente víctima nadando en su misma sangre, descarnado el tierno cuerpecillo hasta descubrirse los huesos, y en medio de todo levantar dulcemente los ojos al cielo sin dar la mas leve señal de dolor, rendir mil gracias al Señor de verse tan maltratada por su amor, y despues recoger la misma tranquila-

mente los pedazos de su carne, que estaban sembrados por la sala, y mostrarlos á su padre para moverle á compasion. Con efecto, no tuvo Urbano valor para ver por mas largo tiempo aquel horrible espectáculo en medio de su furor; y pretextando que la queria reservar para mas crueles suplicios, se retiró, dando orden de que la cargasen de cadenas y le encerrasen en una espantosa cárcel. Favorecióla el cielo con tantos consuelos interiores, que, olvidando presto quanto habia padecido, se sintió abrasada en nuevos deseos del martirio.

No acertaba á comprender el desnaturalizado padre cómo podria sufrir mayores tormentos aquella tierna niña. Persuadiase que las incomodidades y el horror de la prision le abririan los ojos para conocer el lastimoso estado en que se hallaba, y que, separada de los prestigios de todos los cristianos encantadores, segun él decia, la oscuridad y el silencio del calabozo, junto con el miedo natural de los tormentos, la ablandarian y la rendirian á la voluntad de su padre. Enviábale á la cárcel todos aquellos parientes suyos que le parecian mas á propósito para persuadirla á que le diese gusto; pero desengañado de que la niña cada dia estaba mas firme en su religion, y cada instante mas resuelta, y aun mas ansiosa de padecer el martirio, entró en una especie de furor, y volviendo á jurar por los dioses inmortales, exclamó: *No se ha de decir en el mundo que una rapaza de diez años me dió la ley, ni que estos hechiceros de cristianos triunfan de nuestros dioses en medio de mi propia familia: yo veré si sus hechizos pueden mas que mis tormentos, y si la paciencia de una hija ha de hacer burla de la cólera de un padre.* Mandó, pues, aquel tirano, mas cruel que las mismas fieras, que atasen á Cristina á una rueda untada de aceite, y que continuamente la moviesen al rededor sobre un gran brasero de fuego,

para que se fuese tostando poco á poco: suplicio á la verdad extraordinario; pero tambien fué extraordinario el prodigio, porque dispuso el Señor que la santa niña no sintiese el mas leve dolor, y que encendiéndose el brasero en hoguera, se extendiese repentinamente la llama, y que consumiese á muchos de los gentiles, que, movidos de la curiosidad, habian concurrido á la novedad del tormento.

Pero el bárbaro padre, lejos de rendirse á tantos prodigios, se hizo mas inhumano y se obstinó mas y mas. Avergonzado de ceder á una niña, mandó que la volviesen á encerrar en el calabozo, mientras él discurría algun otro tormento de nueva invencion. Luego que Cristina entró en el calabozo, se le apareció un ángel mas resplandeciente que el sol, y asegurándola de la proteccion del cielo, la curó instantáneamente de todas sus heridas.

Informado Urbano del nuevo prodigio, y llamando sin dilacion á los verdugos, les mandó que, atándola al pescuezo una pesada piedra, la arrojasen inmediatamente en el lago para que no quedase memoria de ella. Ejecutóse con prontitud la orden del gobernador; pero tambien se cumplió la promesa hecha á Cristina. Al arrojarla en el lago, aquel mismo ángel que se le apareció en la prision se halló junto á ella, y la condujo sin lesion á la orilla opuesta. Este milagro apuró toda la resistencia de Urbano; apoderóse la rabia de su soberbio corazon; y de tal manera se le alteraron todos los humores, que la mañana siguiente le hallaron sufocado en la cama á violencia de la cólera. Mas sintió la santa la desdicha de su padre, que cuantos tormentos habia padecido; mas no por eso titubeó su fe, ni se inmutó su constancia.

El gobernador que sucedió á Urbano, llamado Dion, excedió aun en crueldad á su predecesor. Persuadese desde luego que rendiria el inaudito teson de la

la santa niña; y no queriendo creer ninguna de las maravillas que contaban, no dudó que muy en breve la vencería. Mandó, pues, disponer cierta especie de cuna de hierro llena de aceite hirviendo mezclada con pez, y dió orden de que tendiesen en ella á Cristina; pero la misma niña por sí misma se acostó en aquella cama ó estanque de fuego con la mayor serenidad, constancia y resolución, lo que dejó atónitos á los gentiles. No la engañó su confianza en Jesucristo, porque, haciendo la señal de la cruz, se halló como en un baño regalado y delicioso; de manera que, lanzando un dulce suspiro, dijo á los verdugos: *Bien haceis en meterme en una cuna como niña recién nacida, pues aun no hace un año que nací á la gracia por el bautismo, el cual es una milagrosa regeneracion.*

Parecióle al gobernador que esto era un insulto hecho á su misma persona; mandó que la llevasen al templo de Apolo, y que por fuerza la hiciesen ofrecer incienso al simulacro. Concurrió todo el pueblo á ver en qué paraba aquel forzado sacrificio; pero no bien entró en el templo la tierna doncellita, cuando el idolo cayó precipitado al pié del altar y se redujo á polvo, y en el mismo instante el gobernador tambien cayó redondo de su silla y quedó muerto. Espantados los verdugos, dejaron á la santa, y postrados á sus piés, confesaron á gritos que no habia otro verdadero Dios sino el de los cristianos. Mezcláronse con sus voces las de mas de tres mil gentiles que se convirtieron y pidieron el bautismo.

Hizo gran ruido este asombroso suceso. Pusieron á Cristina en libertad, y hasta la llegada del nuevo gobernador, no se veía otra cosa en la ciudad que nuevas conquistas para Jesucristo. Llegó, en fin, Juliano, sucesor de Dion, y luego le informaron de todo lo que habia pasado, y era el asunto mas comun de las conversaciones y la administracion de toda la provincia.

Creó sin la menor duda, segun la opinion popular, que todos aquellos portentosos sucesos que se atribuian al poder del Dios de Cristina, no eran otra cosa que artificios y encantamientos de los cristianos, ó efecto de la magia que todos profesaban. Espantóle sobre todo la muerte repentina de sus dos predecesores; pero le irritó mas el desprecio en que se hallaban los dioses de Tiro, especialmente desde que el idolo de Apolo habia caído al suelo y se habia hecho polvo. Mandó prender á Cristina, hizola traer delante de si, y sin otra formalidad le dijo de repente: *Niña, una de dos, ó sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó ser luego arrojada en un horno encendido.* Respondióle la santa en tono firme y determinado, que ella solo sacrificaba al verdadero Dios; y ordenó el gobernador que sin dilacion la arrojasen en el horno que ya estaba preparado. El Señor, que parecia haber escogido aquella santa doncellita para hacer en ella ostencion de su poder, renovó en Tiro el milagro de los tres niños de Babilonia. Cinco dias estuvo Cristina en el horno, que continuamente estaban cebando, sin que las llamas tocasen ni á uno solo de sus cabellos, pasando todo este tiempo en bendecir al Señor y en cantar sus alabanzas. Añaden las actas de su martirio que, rabioso el tirano al verse vencido por una niña tan tierna, acudió á un mago de profesion, el cual le aconsejó que la mandase encerrar en un lóbrego calabozo lleno de viboras, de serpientes y de escorpiones, asegurándole que luego la morderian y acabarian con ella; pero ninguno de aquellos ponzoñosos animales se atrevió á tocar á la que habian respetado las llamas; y como no cesase de cantar alabanzas al Señor, mandó el tirano que le cortasen la lengua. Perdióla por Jesucristo, mas no perdió el uso de ella; sin lengua cantaba mas alto, y con mayor claridad aquellas bellas palabras

de David (1): *Nuestro Dios está en el cielo, y desde allí gobierna todo el universo con absoluto poder. Por el contrario, los idolos de los gentiles son unos pedazos de oro y plata, obra de las manos de los hombres.* Aun hizo mas impresion que todos los antecedentes este nuevo prodigio, y acudió toda la ciudad á ser testigo de esta maravilla. Corrido el gobernador de no haber salido con su intento, y apurados todos sus artificios, mandó que atasen á la santa á un grueso tronco, y que allí fuese asaeteada hasta que espirase.

Estando en este suplicio, sintió Cristina avivarsele el deseo de poseer cuanto antes en el cielo á aquel Dios por cuyo amor combatia tan gloriosa y tan constantemente en la tierra, y suplicó al Señor le concediese la corona del martirio, por la cual suspiraba con tanta ansia. Fué oida su peticion, y á las primeras flechas que le dispararon rindió su dichoso espíritu al Criador, y fué á recibir el premio debido á tantos combates y á tantos triunfos. Sucedió esta preciosa muerte el día 24 de julio, y desde entonces fué venerada santa Cristina como una de las mas ilustres mártires de la Iglesia. Los cristianos enterraron su cuerpo, que despues fué trasladado de Toscana á Palermo de Sicilia, donde es singularmente venerada nuestra santa como una de las mas principales patronas de la ciudad.

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.

En el año 1549, diez y seis del pontificado de Paulo III, y treinta y tres del imperio de Carlos V en España, nació en Montilla, villa sita en el obispado de Córdoba, san Francisco Solano, bello ornamento del orden de san Francisco, destinado por Dios para

(1) Psalm. 93.

que desterrase las sombras del error gentilico del hemisferio americano, y difundiese en él la luz de la verdad ortodoxa, llamado por lo mismo con justisima razon sol del orbe peruano. Sus padres, Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, muy distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, procuraron con el mayor esmero dar al niño una educacion cristiana. Pero como se hallaba asistido con los mas especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos: su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con una aficion muy particular al retiro, la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialisima devocion que profesaba á la santisima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la Compañia de Jesus de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy superior á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas. Distinguióse ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, en virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan recomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco